

Propuesta de un esquema definatorio de la Biblioteconomía. Seguida de una sugerencia

Enrique Molina Campos
Profesor Titular de Biblioteconomía
Universidad de Granada

Partiendo de una definición de la Biblioteca se describe el conjunto de operaciones bibliotecarias y su interrelación. De esa descripción sale un esquema, del cual se salta a la definición de la Biblioteconomía científica. Se sugiere para ésta la denominación de Bibliotecología.

After giving a definition about the library, library processes and their interrelationship are described. A framework is obtained thereof from which a definition is given of Scientific Librarianship. 'Bibliotecología' is the name proposed to describe this discipline.

La propuesta

En alguna otra ocasión me he aplicado a analizar el concepto de Biblioteconomía cotejando una determinada definición de uso frecuente con otras, expresas o tácitas, de diversos autores¹. El resultado de ese análisis quizá acabara siendo sugestivo y en cierta medida enriquecedor, pero dejaba inconclusa, aunque esbozada, una definición terminante, esto es, una *nueva* definición, personal, comprometida, más o menos atinada en su condición de "toma de partido". Con lo cual, el lector interesado, que había seguido benévolutamente mi texto de principio a fin, permanecía sin saber a qué carta quedarse, por mucho que mis disquisiciones le hubiesen clarificado tal o cual aspecto de la cuestión; y yo no salía de mi papel de "estudioso" sin iniciativa.

Esta vez me he decidido a dar el paso adelante; sobre bases seguras, desde luego, pero fiándome a la audacia de mi pie. Vale decir: voy a proponer una definición, mía propia, de la Biblioteconomía, valiéndome de un esquema gráfico. Eugenio d'Ors dijo algo así como que el saber entra por los ojos y debe ser presentado en figuras; de ahí mi predilección por los esquemas visibles, por los cuadros sinópticos, por los organigramas, que permiten una "visualización" jerarquizada de los conocimientos por asimilar (en el sentido de comprender y de integrar). Naturalmente, el esquema definatorio irá precedido de las explicaciones y puntualizaciones que me parezcan pertinentes; de otro modo, la propuesta restaría incompleta y el lector tendría derecho a reclamar. Por otra parte, éste es el lugar óptimo para exponer consideraciones anexas, referencias oportunas, ideas que, ensanchando el concepto de Bi-

1. Vid. mi trabajo "Análisis del concepto de Biblioteconomía". En: *Documentación de las Ciencias de la Información*, 1990, 13, pp. 183-210

blibroteconomía (y actualizándolo), contribuyeron a que esta disciplina ocupe *todo* el espacio que ya, por fin, se le reconoce.

Voy a partir del concepto de biblioteca. Ninguna de las numerosas definiciones de la Biblioteconomía (y las hay de todos los tamaños y de todos los tipos: escuetas y proliferas, anticuadas y al día, permeables e impermeables, etc.) deja de establecer la relación esencial de la disciplina con la biblioteca: relación epistemológica, objetiva, inclusiva. La Biblioteconomía es, según los autores y los tiempos, ciencia, técnica, arte, habilidad, etc. bibliotecaria. Por tanto, este punto de partida es inexcusable

que hacen de puente entre la colección y el uso, y por "uso" la consulta y la lectura de los registros documentarios (colección) por un público (usuarios) que ha de ser considerado en su dimensión individual y su dimensión colectiva, social (lo que en italiano se llama, respectivamente, *utente* y *utenza*). La organización es más que el mentado puente: es lo que convierte la suma de documentos en un utilizable depósito de informaciones, lo que permite el acceso de los usuarios a ese depósito, y por último lo que posibilita relaciones con otras bibliotecas, ya sea por integración en una *red* o un *sistema* bi-



sable e indefectible. Pero he aquí que la biblioteca también carga con cuantiosas definiciones, igualmente variadas. No es cosa de repasarlas ante el lector. Basta con que yo diga cuál de ellas he elegido y por qué; la de Carrión Gútez en su conocido *Manual*, por su economía y precisión de términos. Biblioteca es, dice Carrión, "una colección debidamente organizada para su uso²". Y aún pienso que le sobra una palabra, pues si la colección está *realmente* "organizada" para su uso, es superfluo añadir que lo está "dibidamente"; el adverbio huelga.

Así pues, "colección organizada para su uso": tal es la biblioteca hoy, entendiendo por "colección" el depósito de informaciones registradas, por "organización" el conjunto de operaciones científicas y téc-

blibotecarios, ya sea por *cooperación* a diferentes niveles. En consecuencia, la fila superior del anunciado esquema resultaría así:

En el terreno informacional y documentario en el que la Biblioteconomía actual se halla para su provecho instalada, la colección es el emisor, y el uso el receptor, de secuencias de signos que, sobre soportes físicos, constituyen mensajes. Problema propio de la colección es la disposición de los soportes, con vistas al uso. La organización le resuelve ese problema en la medida en que a ella le es posible, porque por su parte tiene que habérselas, en su fase científica, con la individualización de signos, indispensable para el proceso de comunicación. También en el terreno informacional y documentario, la(s)

2. Carrión Gútez, M., *Manual de bibliotecas*, 2ª reimp. corr., Madrid, Pirámide, 1990, pp. 23-24. Carrión dice en realidad "colección de libros", pero en el contexto quedan claras las ideas documentarias del autor, así como su moderno concepto de "lectura".

respuesta(s) que la colección da al usuario, mediante la organización, no son otra cosa que el *retrieval*, la recuperación de la información previamente almacenada en el depósito-colección. Pronto veremos en qué fase técnica de la organización, y en qué operaciones concretas, ese almacenamiento (*storage*) tiene lugar.

He hablado de "fase científica" de la organización. Ahí tocamos el punto crucial del concepto de Biblioteconomía, a saber, la científicidad de la disciplina. La polémica entre defensores y detractores de tal científicidad dura todavía, desde que Schrettinger, a comienzos del siglo XIX, la abrió resueltamente creando la *Bibliothekswissenschaft*, la Ciencia de la Biblioteca. Una simple reseña de esa polémica, a través de protagonistas y argumentos, llenaría aquí un espacio que necesitamos para el desarrollo de mi propuesta. Mi opinión (vale decir: mi convencimiento razonado) es que la Biblioteconomía tradicional, basada en la mera práctica instrumentalista transmitida mediante aprendizaje artesanal, no es ni puede ser jamás una ciencia: todo lo más, un conjunto de normas y de hábitos (y de ahí el sufijo *-nomos* de su nombre mismo). Sí creo, en cambio, que una Biblioteconomía rigurosamente actual cuenta con todos los elementos que validan y configuran una ciencia. De éstos, los más esenciales son: discursos disciplinares referidos a fenómenos seleccionados conforme a la capacidad objetiva de ser circunscritos y definidos en términos unívocos y

cuantitativos; calidad significativa de esos fenómenos en el seno de hipótesis *falsables* -como dice Popper- que lleven a la comprensión del cuadro más amplio de la disciplina y permitan establecer leyes de funcionamiento de su praxis; posibilidad de fijar exactamente, mediante esas leyes, las relaciones entre estructura y función de un sistema, relaciones que en el caso de un sistema biblioteconómico no son sino el repertorio de las correspondencias asociativas entre demandas y respuestas. Huelga afirmar que una Biblioteconomía encerrada en los límites del "oficio" y de la *routine* no podía proveer de esos elementos a quien quisiera articular una teoría biblioteconómica y situarla en la esfera aplicativa de una nueva acción bibliotecaria. Tras los geniales atisbos de Schrettinger (y de sus remotos y próximos "raros" predecesores) y la capital obra de Otlet, la Biblioteconomía ha tenido que salir en busca de la ciencia moderna y mezclarse con disciplinas tales como la teoría de la comunicación, la información, la informática, la epistemología social, la matemática, la lingüística, la teoría de los sistemas; y para su justificación teleológica (el uso), con las ciencias del comportamiento, la psicología, la sociología, la demografía, la política. No se trata de que éstas sean sus "disciplinas auxiliares", sino de que la Biblioteconomía está penetrada de todas ellas y vive y crece con ellas: hoy es, probablemente, la más interdisciplinar de las disciplinas³.

Ahora bien, no todo en la Bibliotecon-

3. Tal vez el lector se extrañe de que yo no mencione en este párrafo la Documentación. Las discutidas relaciones entre Biblioteconomía y Documentación (de las cuales José López Yepes ha hecho un excelente resumen en su artículo "¿Qué es la Documentación?". En: *Boletín de la ANABAD*, XXXI, 4, 1981, pp. 701-707) se resuelven, para mí, en una frase de Marcel Godet en la que jocosamente se equipara al bibliotecario con el Monsieur Jourdain de *Le bourgeois gentilhomme* de Molière: "El bibliotecario, quiéralo o no, sépalo o no, hace Documentación como M. Jourdain hacía prosa" ("*Rapports des bibliothèques et de la Documentation*". En: *Archives et bibliothèques*, 3 (1937-1938), pp. 257-263). Cuestión aparte, aunque conexas, y por lo menos no invalidatoria de la frase de Godet, es la del tipo de información que proporciona la biblioteca y el que suministran los centros de Documentación y las bases de datos

nomía científica es ciencia. Me explico. La organización –cuya condición de núcleo bibliotecario no me cansaría de repetir– se compone de una serie de operaciones, tres de las cuales (clasificación, catalogación, indización) sí son rigurosamente científicas, aunque sus respectivas aplicaciones en cuanto tareas bibliotecarias sean de orden técnico (el ayudante de bibliotecas que se dedica a catalogar no hace sino ejecutar una técnica acorde con unas normas derivadas de unos presupuestos científicos sobre catalogación). La técnica, globalmente, es el conjunto de procedimientos y recursos de que se vale una ciencia en sus aplicaciones prácticas; individualmente, es cada uno de tales procedimientos y recursos. Pues bien, la biblioteconomía científica, nucleada en las tres operaciones antedichas, se despliega en dos subseries de operaciones técnicas específicamente biblioteconómicas pero –ya se ha dicho– no científicas. La primera de esas subseries tiene a su cargo la formación y el mantenimiento de la colección (es decir, en términos de informática documental, el *storage*) y comprende: selección, adquisición, registro, sellado, preservación y restauración⁴. La segunda de las subseries corre con la difusión de los conocimientos registrados (recuperación de la información = *information retrieval*) y, por cuanto está dirigida primordialmente a los usuarios, en la asistencia de cuyas diversas necesidades bibliotecarias tiene su misma razón de ser, las operaciones que la constituyen son propiamente *servicios*: de referencia e

información bibliográfica, de préstamo en sus distintas modalidades, de extensión bibliotecaria, de extensión cultural. Una última subserie organizativa, compuesta de las diferentes operaciones de gestión y administración, no me parece ni siquiera biblioteconómica; a mí me gusta llamarla “empresarial”. Si, como dice Carrión, la biblioteca no es una empresa, ni tampoco una oficina⁵, resulta evidente que es un complejo más o menos vasto, con un personal de distintas categorías y funciones, con unos gastos fijos o eventuales, con unas autoridades externas a las que hay que rendir cuentas y solicitar inversiones, con una mecánica contable que asegura el cumplimiento de las obligaciones económicas respecto a proveedores, autoridades y personal, etc. Así pues, la biblioteca-institución necesita un andamiaje burocrático semejante al de cualquier empresa, por más que su “comercio” sea (permítaseme por el momento el adjetivo) “cultural”. Y ese andamiaje burocrático, que forma parte de la organización bibliotecaria general a la que nos venimos refiriendo, pero que no se puede confundir con ella, comporta su propia organización de índole empresarial: estribos gestionarios y entramado administrativo. Lancaster afirma que, para la gente, un bibliotecario es alguien que trabaja en una biblioteca⁶: opinión popular que Carrión al parecer comparte⁷ pero que yo modestamente rechazo en tanto en cuanto se pretenda deducir de ella que todo el que trabaja en una biblioteca es, de un modo u otro,

4. Para mí, la selección posee carácter técnico, no científico. Resulta de la relación entre la cantidad-cualidad de la colección y las necesidades del uso, y se concreta en unas técnicas derivadas de unos criterios que a su vez derivan de unos principios biblioteconómicos generales. Quizás en estos principios se alojen y se interrelacionen elementos científicos implicados en la colección y en el uso y que a mí me parecen, mucho más, datos empíricos. Autores de la talla de R.S. Taylor, V.E. Giuliano y A. Serrai tienen a este respecto una opinión cientifista basada en el valor informacional del proceso selectivo

5. Carrión Gútiérrez, M., *Manual*, op. cit., p. 580

6. Citado por Carrión, op. cit., p. 512

7. Vid. Carrión, op. cit., p. 512-513

bibliotecario. No lo es quien se limita a trabajar en la infraestructura empresarial de una biblioteca; o lo es en la medida en que puede llamarse agricultor un administrador de fincas rústicas. Su trabajo, integrado en la organización bibliotecaria y concurrente al desarrollo y consumación del proceso colección-uso, es extrabibliotecónico, aunque necesario para la vida de la biblioteca; su dirección suprema corresponde, por encima de ordinarios jefes administrativo-gestionarios, al director de la biblioteca.

El esquema

Pergeñado el conjunto de elementos constituyentes de la biblioteca, así como la composición del más característico de ellos -la organización-, parece llegado el momento de desenvolver el esquema definitorio que se promete en el título del presente texto, y concluir esquema y texto con la fórmula de definición que propongo. No se me oculta que algunos, o muchos, puntos de mi exposición pueden ser discutibles, o en cualquier caso, necesitar más detenimiento para evidenciarse más sólidos. Aceptar ese requerimiento significaría multiplicar abusivamente el espacio que aquí se me concede. Por eso, sólo me permito utilizar la obligada brevedad de las notas para aludir a cuestiones que toleran una opinión -la mía- medianamente resumible.

La automatización de la biblioteca no altera sustancialmente este esquema: se limita -y no es poco- a servirse, con todas las ventajas que ello reporta, de los elaboradores electrónicos para aquellas opera-

ciones que no requieren intervención manual; obviamente, los procedimientos de las operaciones automatizables, y el conjunto de la organización, reciben de la participación electrónica una configuración y un ritmo nuevos, cuyo estudio no cabe aquí.

La definición

Vistos el esquema y la exposición que lo precede, he aquí la definición que propongo, la cual, por lo demás, no pretende ser novedosa sino que, por el contrario, deja bien visible la corriente de teoría biblioteconómica a la que se suma.

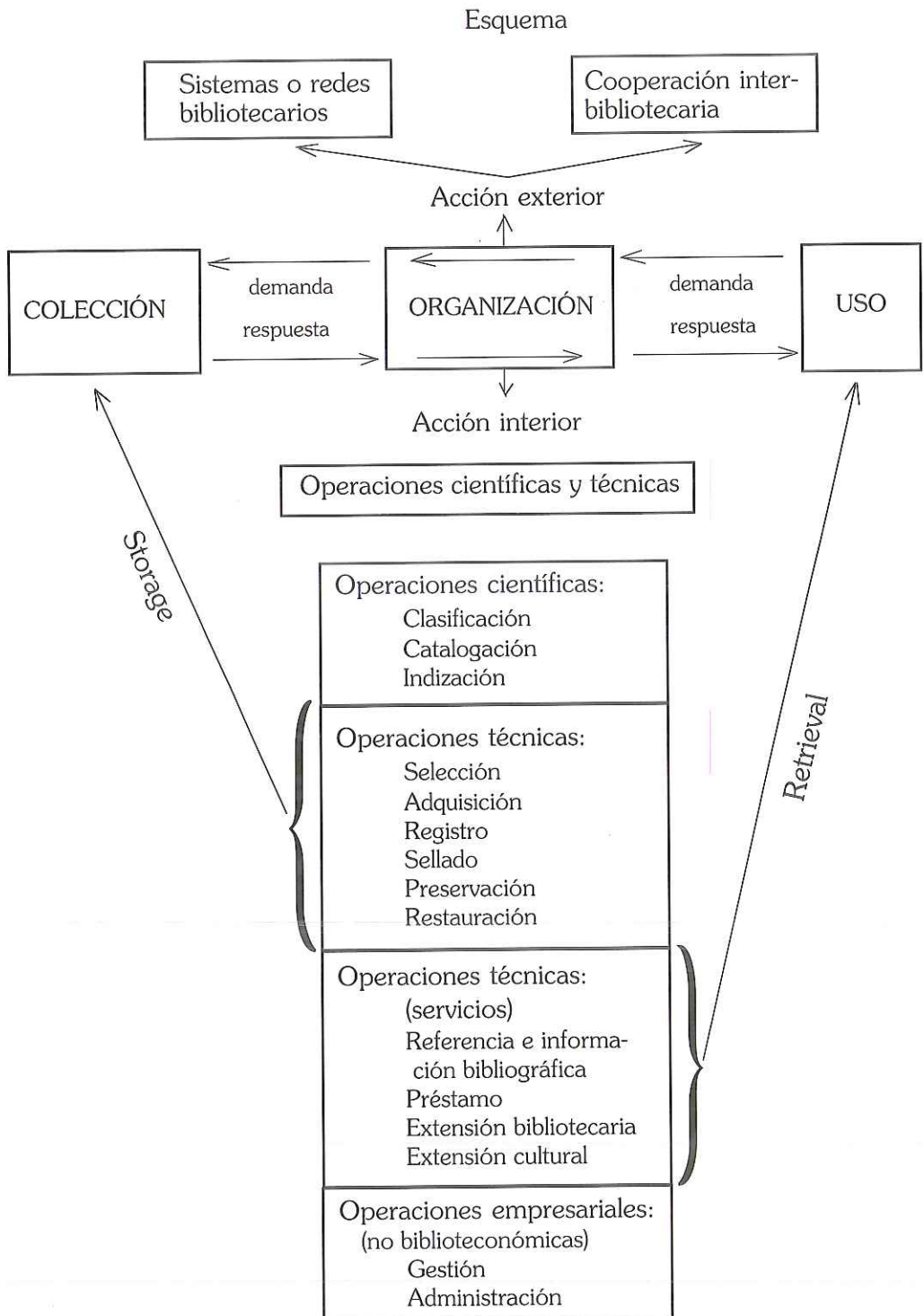
Biblioteconomía: Ciencia y técnica de la organización que media entre un depósito de informaciones y el uso que se hace de él individual o socialmente.

La sugerencia

¿No es hora ya de utilizar sistemáticamente el término *Bibliotecología* para designar la ciencia y técnica que acabo de definir? En Hispanoamérica, desde que E.G. Gietz lo acuñó y lo lanzó en 1940⁸, viene siendo habitual, si bien como sinónimo de Biblioteconomía en el sentido tradicional de ésta, tal cual había establecido Fumagalli⁹. Berta Becerra diferencia los dos términos, dando a Bibliotecología el significado de "tratado de la biblioteca" (paralelo al de "tratado del libro" para la Bibliología) y llamando Biblioteconomía a una de las ocho secciones en que divide la Bibliotecología, justo a aquella sección que corresponde al contenido exclusivamente práctico-conservador de nuestra discipli-

8. Vid. GIETZ, E.G., *Biblioteca y elementos bibliográficos*, Buenos Aires, Imprenta de la Universidad, 1940

9. Fumagalli, G., *Vocabolario bibliografico*, Firenze, Leo Olschki, 1940



na¹⁰. Buonocore define la Bibliotecología como "conjunto sistemático de conocimientos relativos al libro y a la biblioteca", y, rechazando la sinonimia fumagalliana, considera la Biblioteconomía "simplemente una parte o rama" (la que trata del libro en cuanto "elemento integrante de una pluralidad" -la biblioteca-; la que "estudia la organización técnica y la política administrativa más convenientes" para el cumplimiento de los fines bibliotecarios) de la Bibliotecología (la otra rama es, obviamente, la que se refiere al libro "en sí mismo, individualmente considerado como unidad ideológica y material"). En el mismo artículo, Buonocore afirma que "las voces terminadas en *logía* sirven especialmente para designar una ciencia, un tratado, una especulación o un estudio de índole general y doctrinaria", mientras que "el sufijo *nomía*, del griego *nomos*, ley, regla, ... tiene un alcance más concreto y restrictivo"¹¹. A estas alturas no podemos aceptar tales conceptos de Bibliotecología y de

Biblioteconomía, ni, por descontado, las supuestas relaciones comprehensivas entre ambas disciplinas así entendidas.

Las disquisiciones lexicológicas de Buonocore, que vemos también, en un contexto mucho más *actual*, incluidas en el pensamiento de Serrai¹², nos permiten reconocer las siguientes asociaciones semánticas: *nomos* (-*nomía*) con normas, usos, prácticas, de aprendizaje y de ejecución, para un período precientífico y empírico; *logos* (-*logía*) con el conocimiento científico y con la teoría y sus desarrollos técnicos.

¿Y no puede -no necesita- la Biblioteconomía científica, la Biblioteconomía tal como hoy la concebimos (o, al menos, tal como yo propongo definirla y profesarla) llamarse más propiamente Bibliotecología, eliminando de sí los significados inoperantes y obsoletos que datan de un pretérito ya superado? El interrogante queda abierto, y mi propuesta modestamente en pie.

10. Becerra, Berta: "Nuestra ciencia". En: *Boletín de la Asociación Cubana de Bibliotecarios*, v. 1, n° 1, p. 9-18

11. Buonocore, D., *Diccionario de Bibliotecología*, 2ª ed. aum., Buenos Aires, Marymar, 1976, p. 89-90

12. Vid. sobre todo, SERRAI, A., *Difesa della biblioteconomia*, Giunta Regionale Toscana, La Nuova Italia, 1981, p. 2-3

